

A 50 años del 24 de marzo de 1976

Una perspectiva histórica
acerca del por qué y el para qué de la
última dictadura cívico-militar



Victoria Bedin*

Introducción. La violencia política

Uno de los abordajes con los que más insistimos en las aulas universitarias, al estudiar la historia de la segunda mitad del siglo XX en nuestro país, parte de la hipótesis según la cual no puede entenderse el terrorismo del último golpe de Estado y los crímenes de lesa humanidad probados en sede judicial, con todas las garantías constitucionales (incluyendo los centros clandestinos de detención, torturas, grupos de tareas, la desaparición de los detenidos y de sus cuerpos luego de asesinados –que medio siglo después sigue identificando el Equipo de Antropología Forense–, el siniestro plan sistemático de robo de bebés nacidos en cautiverio que aún hoy Abuelas de Plaza de Mayo continúa recuperando y hasta el robo de bienes materiales) sin abordar el proceso histórico-político abierto tras el golpe cívico-militar de 1955. Y ello no se agota en la circunstancia de que haya un sinnúmero de nombres propios y sectores sociales idénticos, que participaron de ambos golpes. Así lo señala Duhalde (2010):

Los múltiples vasos comunicantes entre los golpistas de 1951, 1955, 1966 y 1976 son tan evidentes como el hecho de que la impunidad de que gozaron los asesinos habría de alentar el *in crescendo* criminal

* Abogada (UBA), Especialista en Derechos Constitucionales (Universidad de Pisa, Italia), profesora de Historia Social y Política Argentina y Latinoamericana (Abogacía, UNPAZ), de Historia Constitucional Argentina y Latinoamericana II (Abogacía, UNDAV) y de Elementos de Derecho Constitucional y Constitucionalismo Social (Facultad de Derecho, UBA). Contacto: vbedin@undav.edu.ar

que culminó en 1976 con el secuestro, tortura, detención-desaparición y asesinato de millares de personas. La lección de junio de 1955 había sido aprendida y transmitida por aquellos que constituyeron su criminalidad como un continuo (p. 12).

Los últimos años del segundo gobierno de Juan D. Perón se caracterizaron por una creciente polarización entre el peronismo y el antiperonismo. En cada proceso electoral que se celebraba, el peronismo conseguía mayorías tan contundentes que ni sumándose todos los sectores políticos opositores podían ganarle. Ello, sumado a la reelección presidencial indefinida consagrada en la reforma constitucional de 1949, fue gestando la idea de que solo mediante un golpe de Estado podría desalojarse al peronismo del poder.

Los frustrados intentos de golpe comenzaron desde 1951 y se sucedieron hasta lograrlo. El clima golpista estaba en el aire. En ese marco, en 1953, los comandos civiles antiperonistas detonaron una bomba en la estación del subte “Plaza de mayo” en una manifestación a favor del gobierno, causando seis muertos y casi un centenar de heridos (Page, 1984). Así, con el conflicto con la Iglesia como catalizador de la oposición política, pasado el mediodía de un día hábil, 16 de junio de 1955, aparecieron en el cielo del microcentro, varias oleadas de aviones de la Aviación Naval –con la insignia “Cristo Vence” pintada en el fuselaje (Cichero, 2005)– bombardeando, entre otras, la casa de gobierno, la Plaza de Mayo, los edificios aledaños y la población civil en general que transitaba la zona, con el objeto de matar al presidente, pero también abriendo fuego con sus ametralladoras contra el pueblo de a pie (Hernando Gómez y Nicolaou, 2012: 86) que empezaba a congregarse en su defensa.

Este acto de terrorismo de Estado (Chaves, 2015) abre en nuestro país el período más sangriento de la historia del siglo, en el que los conflictos políticos se resolvieron mediante la violencia ejercida desde el Estado, en este caso por la Marina de guerra. El golpe finalmente se consumó con la participación del Ejército, el 16 de septiembre de ese año. Allí, los bombardeos los padeció la refinería de YPF de Mar del Plata, también Ensenada fue varias veces evacuada y bombardeada en esos días por la Marina y hasta el histórico bar “La Helvética” –que supo ser lugar de reunión de Mitre cuando creó el diario *La Nación*– en plena calle Corrientes, fue destruido por más de veinte cañonazos del Ejército en el golpe autodenominado “Revolución Libertadora”. Finalmente, con los barcos de la Armada apostados frente a la destilería de YPF en La Plata y ante el ultimátum de bombardear, Perón se refugió en la cañonera paraguaya, comenzando así los dieciocho años de exilio en España. En estas dos décadas consideramos que debe buscarse el porqué del golpe de 1976.

Así, la dictadura de 1955 en nombre de la libertad –pese a su primer efímero intento del Gral. Lonardi y su “Ni Vencedores, Ni Vencidos” emulando la tristemente célebre frase de Urquiza en Caseros– inauguró con el Gral. Aramburu y el Almirante Rojas la etapa de pretendida desperonización de la Argentina, a través de la violencia institucional. Se dictó el Decreto N° 4161/56 de prohibición del peronismo (única ideología tipificada como delito en la historia del país) bajo cuya vigencia encarcelaron a dirigentes y militantes. Alegando el “establecimiento de una verdadera democracia y un

efectivo sistema de libertad de acuerdo con nuestra tradición occidental” (conf. Decreto N° 3855/55) se disolvió el Partido Peronista y se decomisaron sus bienes. Se derogó la reforma constitucional de 1949 mediante una proclama militar que restableció la vigencia de la Constitución histórica a la que luego reformaron en 1957 mediante una constituyente convocada por decreto dictatorial en la que prohibieron la participación del peronismo. También fusilaron a sangre fría a militares como el Gral. Valle, que impulsaban un contragolpe, y a civiles que apoyaban el levantamiento –sin juicio previo, con ley posterior al hecho– en los basurales de José León Suárez.

Se inició entonces un período de prolongada dictadura, con breves y excepcionales momentos de apertura electoral restringida –con proscripción del peronismo– de 1958 y de 1963 de los gobiernos radicales en sus dos escisiones, derrocados finalmente por el poder real concentrado de facto en las FF.AA. Incluso cuando se permeó entre las normas electorales manifiestamente inconstitucionales que proscribían nombres propios en base a un derecho fundado en el ejercicio de la violencia, como ocurrió en 1962 cuando Framini –un líder sindical alineado con la conducción de Perón desde el exilio– ganó en las elecciones a gobernador de la provincia de Buenos Aires, se intervino la provincia, se anularon las elecciones y finalmente se precipitó el derrocamiento del radical intransigente Frondizi. Luego, se volvió a la proscripción extrema, gracias a la cual llegó al gobierno con un módico 25,14% de votos, el radical del pueblo, Illia, derrocado tres años más tarde por Onganía en 1966.

Pues lo que no puede soslayarse es que, durante todo el período, el poder constituyente formal y material lo concentraron los sectores militares convertidos en el partido de gobierno de facto, incluso con sus propias internas –como todo partido– entre azules y colorados, en las que se debatía el problema irresoluble de la época: ¿qué hacer con el peronismo? Las opciones eran domesticarlo sin la conducción o exterminarlo bélicamente en tanto enemigo comunista en su versión local, respectivamente. A la luz de 1976, está claro que la opción que fue ganando más adeptos fue la colorada, como la sangre derramada.

Lo cierto es que ese dilema que desde 1955 se centraba en cómo hacer desaparecer al peronismo comenzó a ampliarse hacia toda militancia política que cuestionara el orden establecido, enemigo interno al que se denominó “subversivo”. A partir del golpe de 1966, se dictó un estatuto golpista en la cúspide del orden normativo y se prohibió ya toda la actividad política, incluyendo la intervención de las universidades tras la Noche de los Bastones Largos. Esto empujó a la resistencia a amplios sectores sociales y políticos que no provenían del peronismo y que pasaron también a ser el blanco directo de la represión estatal.

Así es que se fueron cerrando todos los caminos institucionales para la participación política de la oposición al tiempo que se prolongaba la dictadura por métodos cada vez más represivos, incluso culturalmente hablando. Ello sucedía, además, en el marco de un mundo convulsionado, en el que dos grandes polos de poder –EE.UU. y la URSS– se disputaban su predominio sobre el resto del mundo, cuyos pueblos aspiraban a hacer su propio camino autónomo más allá de los intereses de las potencias. Expresiones como esta fueron el Movimiento de Países No Alineados y, en general, el tercermundismo

como la pata potencialmente más peligrosa de aquel mundo bipolar de la *guerra fría* que solo fue fría en el territorio de las potencias.

Lo cierto es que, de un lado a otro de la cortina de hierro, se desplegaron importantes luchas y manifestaciones populares denunciando la explotación del hombre por el hombre, tanto adentro de las naciones como de las potencias imperialistas sobre los pueblos colonizados del mundo, con la emergencia de movimientos de liberación nacional. Asimismo, a partir de la Revolución Cubana, se encendió un foco en la región que extendió la idea de la voluntad política como creadora de las condiciones para transformar el sistema injusto basado en la explotación de riquezas del tercer mundo. Incluso dentro de la Iglesia post conciliar, emergía el *Manifiesto de los 18 Obispos del Tercer Mundo* –provenientes de América, Asia y África– que dio lugar a la militancia revolucionaria con fundamentos cristianos, al plantear que:

Los pueblos del Tercer Mundo forman el proletariado de la humanidad actual, explotados por los grandes y amenazados en su existencia misma por los que, solo por ser los más fuertes, se arrojan el derecho de ser los jueces y los policías de los pueblos materialmente menos ricos. [...] En el momento en que un sistema deja de asegurar el bien común en beneficio del interés de unos cuantos, la Iglesia debe [...] denunciar la injusticia, [...] separarse del sistema inicuo, (y) colaborar con otro sistema mejor adaptado a las necesidades del tiempo, y más justo (Tiempo Latinoamericano, 2014: 66-67).

En ese marco, la irrupción al gobierno de la autodenominada “Revolución Argentina” en 1966, que se planteaba abiertamente como una dictadura sin plazos sino con objetivos y se embanderaba en la defensa de los valores occidentales y cristianos, en un célebre discurso de Onganía en West Point, y que para conseguirlos profundizaba la represión social cerrando todo camino institucional posible para hacer política contra el régimen dictatorial que ya acumulaba más de una década, produjo la emergencia de organizaciones políticas que consideraron que el único camino posible para construir una sociedad más justa era mediante la opción por la vía armada, dado que era precisamente el uso de la violencia desde arriba, desde el Estado, la base de sustento del poder dictatorial, aun teniendo todo para perderlo.

En efecto, es fundamental entender que todo este período al que consideramos de larga dictadura se inauguró y se terminó con fusilamientos de civiles. Ya mencionamos los de inicio de 1956 y en 1972, cuando la inestabilidad política se volvía una olla a presión ingobernable para el partido militar, con los fusilamientos de Trelew que causaron gran indignación, sobre todo cuando la policía reprimió hasta el velorio secuestrando los cadáveres, aun cuando la apertura electoral y el regreso de Perón ya eran un hecho, por el agotamiento del ciclo y producto de una lucha constante de dos décadas. Aca-so el mensaje a transmitir (Koenig, 2013) era que estaban dispuestos a desplegar los métodos de la violencia más extrema para impedir la realización del proyecto de país del peronismo o, en términos

generales, para garantizar a toda costa la dependencia material y política del país en el sistema de poder del mundo. Una vez más, el golpe de 1976 parece confirmar esta hipótesis.

La doctrina francesa y norteamericana frente a la creciente politización nacional

Existe consenso en la historiografía que aborda los años sesenta en Argentina –incluso desde distintas perspectivas de pensamiento– respecto a que fue un período de altos niveles de politización y movilización social (Halperín Donghi, 1994; James, 2004; Torre, 2004). Como explicamos, la participación política –no en el sentido orgánico de los tradicionales partidos políticos– sino en ámbitos estudiantiles, secundarios y universitarios, en los sindicatos con dirigentes nacidos al calor de la resistencia, en la militancia social en los barrios e incluso hasta en las iglesias, florecía de modo incontenible en múltiples y diversos espacios, aún a pesar del escenario represivo planteado por las dictaduras incluyendo los procesos electorales cercenados y controlados por las fuerzas militares en todo el período previo al último golpe de Estado. Esa creciente politización chocaba con la represión y el paulatino pero constante cierre de las vías posibles para canalizar su compromiso político.

Del discurso de 1980 de Riveros, uno de los más destacados genocidas del golpe de 1976 que estuvo a cargo de Campo de Mayo, en la Junta Interamericana de Defensa en Washington, se desprende no solo el reconocimiento de los delitos cometidos: que son crímenes de lesa humanidad, sino sobre todo la explicación acerca de que, hacia 1975, las Fuerzas Armadas habían prácticamente aniquilado a las organizaciones político-militares, mediante la aplicación de la doctrina francesa desde 1957 hasta el Operativo Independencia. Ergo, “la etapa final contra la subversión” según Camps, se dirigió entonces a terminar con todo tipo de militancia política y sindical que se opusiera a su proyecto de país del “mundo libre”.

Al respecto, la investigación de Mazzei (2002) también señala que desde 1957 las FF.AA. se forman en esta doctrina contrainsurgente creada por los franceses en Argelia, e incluso que dictadores como López Aufranc acudieron allí para aprender *in situ* cómo hacer la guerra contrarrevolucionaria. Lo curioso es que esta doctrina militar se aprendió cuando no existía en el país ningún tipo de insurgencia. Y lo que muchas veces se soslaya es que fue aplicada al menos desde 1960 con el decreto del Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado) –firmado por Frondizi– que organizó el territorio en zonas y subzonas dividiendo las jurisdicciones para la represión de las FF.AA., en base a lo cual funcionaron los cientos de centros clandestinos a partir de 1976. De igual modo, la primera desaparición la ensayaron con el metalúrgico Felipe Vallese en 1962 durante el golpe con fachada institucional de otro radical intransigente, Guido. No obstante, la participación de la policía bonaerense fue evidente, pues –por error en la doctrina que estaban aprendiendo– dejaron registro de su paso por una comisaría de San Martín (Koenig, 2013).

Dicha teoría –abordada por Marie-Monique Robin en el film *Escuadrones de la muerte: la escuela francesa*– se complementa con la Doctrina de la Seguridad Nacional enseñada en las Escuelas de las Amé-

ricas (EE.UU.) según la cual las fronteras a defender por las FF.AA. eran ideológicas y, en función de ello, cualquier manifestación, reclamo o participación política, era tomada como el enemigo interno subversivo de la ideología del capitalismo.

En el mismo sentido, el propio Videla confiesa en el libro de Reato (2012) *Disposición Final* que en términos estrictamente militares el golpe no fue para combatir a la “guerrilla” que –señala– ya estaba prácticamente derrotada para 1975, sino que se debió a la percepción de la situación social “caótica” por lo que se consideró necesario para restablecer el orden ante la sociedad “anarquizada”. De manera que aquellos altos niveles de compromiso político en la sociedad debían ser disciplinados en el campo de concentración, como condición de necesidad para implementar el orden del mundo del libre mercado. Consecuentemente, el terrorismo de Estado y los crímenes de lesa humanidad se dirigieron a quebrar todo sentido de participación política y reivindicación social, así –contrariamente a la teoría de los dos demonios– el objetivo de esa brutal represión fue la militancia política y sindical –de organizaciones que no optaron por la vía armada– para desaparecer una generación comprometida con los destinos de su pueblo y de su país, así como para disciplinar a la sociedad respecto a no discutir el orden establecido, por más socialmente injusto que fuera.

La subordinación del país a las nuevas condiciones de dependencia

Pensando con Calveiro en lo que el poder produce, es decir, en el genocidio (en sentido amplio) de 1976, como núcleo de producción de poder y de subjetividades hacia afuera del centro clandestino, podemos decir que el país que se parió allí fue el país de la demonización de la política, en la cual era mejor no inmiscuirse. Pues era peligrosa, sucia, turbia. El objetivo fue sacar al pueblo de las discusiones políticas, para poder religar al país, sin ningún tipo de resistencia, a las nuevas condiciones de dependencia dispuestas por el capitalismo en su etapa de hegemonía del capital financiero y especulativo. En efecto, la despolitización de las mayorías populares es consustancial a la exclusión política de la globalización.

Pues, en 1971 el entonces presidente norteamericano Nixon, había tomado unilateralmente la decisión de poner fin al sistema de Bretton Woods, de tipo de cambios fijos y de convertibilidad del dólar al oro, producto de una crisis evidente de su moneda. El nuevo tipo de cambio flotante, formalizado precisamente en 1976 en los acuerdos de Jamaica, consistió en que el valor de las divisas dejara de estar determinado por el respaldo de las reservas en oro (es decir, por la producción de riqueza real de bienes y servicios) para ser definida por la oferta y la demanda, flotando libremente en el mercado. Esto implicó una superproducción del capital financiero que dejó de tener correlato o anclaje con el capital productivo, lo cual llevó a una superproducción de capitales especulativos que terminó en la hipertrofia o burbujas financieras, cuyos estallidos produjeron daños sociales de enorme envergadura. Así, el capital se transformaba logrando paulatinamente un doble proceso de autonomización, por un lado del trabajo, dado que lograba reproducirse a sí mismo a través de la complejización y multiplicación de instrumentos financieros, sin necesidad del valor agregado del trabajo para reproducir y

acumular más capital, tal como ocurría en su etapa productiva. Por otro lado, conseguía eludir a los Estados, cuyas regulaciones se volvían un obstáculo a su libre circulación y autodeterminación, pues los movimientos bursátiles constantes le resultaban indispensables para que el capital financiero y especulativo no pierda valor.

En ese contexto de la ola desreguladora impulsada por el capital en la etapa globalizante, en nuestra región, Videla junto con Pinochet y sobre la sangre caliente de nuestros compatriotas, asumieron el triste orgullo de implementar aquí las nuevas condiciones exigidas por los grupos económicos transnacionales de la globalización. Así, tal como explica Basualdo (2013) el proyecto de Martínez de Hoz consistió en la desindustrialización, la apertura económica, la desregulación financiera y el sobreendeudamiento, entregando la soberanía económica a organismos multilaterales de crédito como el FMI, al cual nuestro país ingresó no casualmente con el golpe de 1955. Así, corrido el pueblo de la discusión política, se destruyó el aparato productivo y la participación de los trabajadores en la riqueza. El resultado del plan neoliberal, profundizado en los noventa sobre la sociedad golpeada por el terror, estalló en 2001.

Memoria, Verdad y Justicia frente a la insatisfacción democrática

Es notable que las desbordadas plazas del 24 de marzo en todo el país, con la icónica Plaza de Mayo donde nacieron Madres y Abuelas, mostrando el compromiso asumido con el repudio al genocidio por generaciones que incluso hemos nacido en democracia, así como la transmisión de esa responsabilidad histórica y de la importancia de sostenerla a las infancias y juventudes que también fueron parte de esa explosiva masividad de las manifestaciones en cada aniversario del golpe y sobre todo en estos 50 años, sea el mejor antídoto contra el escepticismo corrosivo de la globalización, respecto a la posibilidad de las sociedades de transformar las realidades políticas, sociales y culturales abrumadoramente injustas del sistema actual. En defensa de la Memoria, la Verdad y la Justicia, el pueblo argentino dijo “Nunca Más” sosteniéndolo cada año –aún ante negacionistas y apologistas en el gobierno– poniendo, ante todo, el cuerpo. Acaso encontremos allí el umbral desde donde empezar a discutir la posibilidad real y concreta de emancipación de los pueblos.

Referencias bibliográficas

- Basualdo, E. (2013). El legado dictatorial. El nuevo patrón de acumulación de capital, la desindustrialización y el ocaso de los trabajadores. En H. Verbitsky y J.P. Bohoslavsky (eds.), *Cuentas pendientes. Los cómplices económicos de la dictadura*, (pp. 81-99). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Calveiro, P. (2006). *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Cichero, D. (2005). *Bombas sobre Buenos Aires*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- Chaves, G. (2015). *La masacre de Plaza de Mayo*. Buenos Aires: Colihue.

- Duhalde, E. L. (2010). *Bombardeo del 16 de junio de 1955*. Buenos Aires: Archivo Nacional de la Memoria, Secretaría de Derechos Humanos de la Nación.
- James, D. (2004). *Resistencia e Integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Halperín Donghi, T. (1994). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel.
- Hernando Gómez, G. y Nicolaou, M. (2012). “Memorias del bombardeo a la Plaza de Mayo: recuerdos y olvidos en testimonios recabados en centros comunitarios para la tercera edad y en la comunicación mediática”. *Repositorio Digital Institucional Facultad de Ciencias Sociales-UBA*, consulta 18 de abril de 2026. Recuperado de <https://repositorio.sociales.uba.ar/items/show/3205>
- Koenig, M. (2013). *Vencedores Vencidos*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.
- Mazzei, D. (2002). La misión militar francesa en la escuela superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1962. *Revista de Ciencias Sociales*, N° 13.
- Page, J. (1984). *Perón: Una biografía*. Buenos Aires: Javier Vergara.
- Reato, C. (2012). *Disposición final: La confesión de Videla sobre los desaparecidos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Torre, J. C. (2004). *El gigante invertebrado: Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.